

Comelibros

Por: Angela Lang

Para aquellos que no leen,
los que no pueden
y
los que no quieren.

Cada vez que conozco a una persona trato de imaginarme que tipo de libro es. Se trata de una edición de portada dura con una ilustración borrosa? Un ejemplar en rústica para leer una sola vez? Un manuscrito raro? Tendrá las páginas amarillas cuándo envejezca? Las puntas ásperas? Las páginas manchadas? Qué clase de tela tiene debajo

del forro? Qué tipo de fuente lleva?

Madam Rombauer era una combinación de una novela, ganadora del premio Nobel, de letra pequeña y fina, con una copia en rústica de un misterio para leer mientras se espera el bus. Su portada tenía un dibujo abstracto, sin foto de autor en el forro o comentarios en el respaldo.

Miguel, una gramática básica, una versión actualizada de un libro de texto con dibujos de niños y niñas extranjeras en medio de una conversación atrapada en burbujas con letras más grandes que sus cabezas.

Fui lo suficientemente afortunada para hojear sus vidas, y lo suficientemente desafortunada para no participar realmente de ninguna de ellas. Su historia me atrapó como la flor deshidratada que se olvida entre las páginas de un libro. El relato naufragante me fue devorando, sin que yo pudiera establecer lo que pertenecía a un destino injusto que tiende a la burla ligando señas, o a una causalidad progresiva de esas que permiten explicar con palabras y creer verdaderamente que una cosa llevó a la otra.

I.

No soy una mentirosa compulsiva, pero a veces me toca dosificar la verdad por el bien del que me escucha. He dicho antes que mi conexión con Madam Rombauer fue una transacción o una coincidencia feliz, pero la verdad es que el encuentro con esta mujer cambió la naturaleza y el propósito de mi tesis de doctorado y de cualquier otro proyecto que desde entonces me he propuesto. Su presencia trajo a mi vida un halo de magia

negra que tiene más "vudú del autor" que cualquier teoría de la interpretación de los sueños que yo recuerde.

La primera vez que la vi, fui a organizar su biblioteca. Le encantaba mezclar el orden de los libros pero temía que le robaran si dejaba que extraños le ayudaran. A mi me recomendó un vecino, Carlos, un tipo de habla pausada con el que salí un par de meses, y que me había conocido en una época en la que todavía me fascinaban los manuscritos. El se comportaba como una colección de relatos, lleno de anécdotas, descripciones breves de características universales y un montón de comienzos y finales. Sus inseguridades llenaron mi dormitorio y al sentirse incapaz de competir con las millones de páginas que yo tenía por descubrir. Nos gustábamos, pero decidimos que era mejor dejar de vernos. Nuestro romance evolucionó en una amistad de salir a comer dos veces al año que me conectó al trabajo.

Cuando Carlos me llamó trato de no enfatizar en la trivialidad de la posición y la poca paga, y se aseguró de repetir que ayudar a una anciana podía traer muy buen karma a mi presupuesto de becada y al limbo que se apropió de mi vida, después de terminar materias en el exterior y aterrizar en casa con la tarea de terminar la tesis. "Te puede dar estructura y algo de plata de bolsillo" me dijo en voz de papá, "Además tiene todo lo que te gusta, repisas empolvadas, libros y viejos," la broma no me hizo gracia, pero entendí su sarcasmo, pues yo empecé a salir con un divorciado, mucho mayor que yo, un par de semanas después de que terminamos.

La carga de trabajo parecía fácil, tenía que vaciar algunas repisas, cargar libros y reorganizarlos de acuerdo al criterio de la mujer. El deber ser me llamaba a ponerme sería y calcular el ingreso que necesitaba para vivir, pero no me fije ni en el pago por

hora, ni en lo que me imaginaba como una colección de basura sentimental. Mi esperanza secreta -obvia para cualquier coleccionista,- era encontrar un par de primeras ediciones menospreciadas, comprárselas, a un precio justo claro está, y revenderlas en Internet.

Me convertí en una cazadora informal de primeras ediciones, no necesariamente por el valor o el prestigio de los hallazgos, mi fascinación con el olor del cuero, el moho y la textura del papel arrugado en los libros es una excusa para confesar que disfruto de las marcas profundas del fútil paso del tiempo. Aún no me rindo ante la posibilidad de encontrar un paralelo de la sabiduría y belleza de los comportamientos y la fisonomía de la vejez, dentro de una sociedad monoteísta cuyo único culto es la juventud.

Cuando aprendí como se hace el papel, descubrí que uno de los aspectos más curiosos del proceso sólo se hace visible cuando envejece. Para hacer una hoja cada fibra es macerada en un filamento individual hasta formar unidades separadas, luego se mezclan con agua, y se vuelven a unir en un todo inseparable. Al tacto o a simple vista es imposible adivinar que este proceso tomó lugar hasta que las páginas amarillentas y las esquinas dobladas comienzan a dibujarlo.

Sostener ese objeto, una unidad armada por multitudes, atrapada entre tapas, que ejerce fuerza en mis manos, dejó de ser lo mismo. El envejecimiento va más allá de las relecturas, las percepciones que se traen a los contenidos y una vida útil entre mudanzas y repisas. El conjunto se descompone en una unidad y la unidad se vuelve un nuevo todo, para que un microcosmos de reacciones químicas en la progresión natural del tiempo se devore a los personajes más queridos, a los sueños de los escritores, al lazo que se construye entre el libro y su dueño.

Madam Rombauer era bajita, un ser humano hecho de palillos unidos a través de plastilina: sus codos y sus rodillas se veían gigantes, el torso y la barriga formaban un círculo grande, y su cabeza uno más pequeño. Antes de entrar, me tuve que quitar los zapatos y dejar la maleta en el pasillo. Parada en el marco de la puerta, me inspeccionó en silencio. Abrió la palma de la mano, me señaló un cuarto en la parte de atrás del apartamento y empezó a caminar muy cerca mio, a una distancia de un paso, que le permitía asegurarse de que no me iba a desviar, ni siquiera a tener tiempo de mirar hacia las otras habitaciones.

Las repisas en el cuarto que ella llamaba "la oficina" estaban llenas de libros, pilas de páginas, portadas arrancadas y mugre. Mi primera tarea era mover todo hacia la mitad del cuarto. Luego ella quería que organizáramos algo que llamaba "una conferencia en las repisas." Mis ojos desorbitados le pedieron aclaración. "Quiero organizar los autores de tal manera que podamos orquestar un encuentro de aquellos que en vida nunca se vieron pero en el papel encajan a las mil maravillas." Apenas empezó a describir su proyecto su tono cambió. Su voz no rimaba con su constitución liviana, tenía una presencia propia como si una persona más fuerte, atrapada en su pequeño cuerpo, finalmente hubiera tenido la oportunidad de hablar.

"Esta es la semilla de una ciudad ideal y democrática donde los autores, los personajes secundarios y los fragmentos que tiene vida propia podrán dormir, respirar y hacer el amor con libertad," susurró.

Enseguida me empezó a pasar libros y yo asumí que primero íbamos a limpiar antes de reorganizar. El proyecto iba a demorarse semanas, yo entretuve mi cerebro con la posibilidad de un ingreso extra sin esfuerzo, y no preste mucha atención a lo que ella

me pedía. Fuimos cubriendo los detalles mientras que apilábamos aleatoriamente la mitad de los libros en la primera repisa y lo único que llamó mi atención, fue una petición algo inusual: un turno nocturno. Podía llegar a cualquier hora después de las 8 p. m. cuando ya había bajado el tráfico de la ciudad.

Le pregunte si quería que alfabetizáramos los libros mientras que los movíamos y se rehúso bajo el argumento de que eso podía coartar su creatividad. "Si a un místico rebelde se le da la oportunidad de intercambiar ideas con un escritor de ciencia ficción, juntos pueden inventar una partitura que capture a los espíritus perdidos o las almas rotas." Miró la copia que tenía en la mano de [*Conversaciones con Sai Baba*](#) a y la puso junto a [*Forastero en tierra extraña*](#).

Abría cada libro que pasaba por sus manos y soltaba declaraciones dándole instrucciones a los capítulos para que estos las preservaran en la mitad de las páginas. "Para aprender de la sensibilidad, la redacción y el uso creativo de las palabras, lo mejor que le puede pasar a un politólogo es rodearse de un poeta maldito."

Los libros rellenaban el apartamento. Parecía que se movían por sí solos, impulsados por su ánimo, por la presencia que escapaba de las líneas que goteaban los autores. Madam Rombauer no tenía suficientes cosas como para estar tan asustada de perderlas. Me llamó la atención la ausencia de muebles y de referencias familiares o personales. Había un pequeño sofá rojo inutilizado cubierto por una sábana amarillenta en la oficina, y pude ver una butaca y una litografía con un ideograma japonés en la cocina. No había ni una foto.

En las primeras horas, ella se esforzó para ilustrar nuestra tarea con ejemplos vivos: " Me muero de curiosidad de saber que le podría decir [Lydia Davis](#), gran escritora de micro-ficción, a un escritor tan prolífico como [Vargas Llosa](#) (...)" yo me empecé a desilusionar al darme cuenta que ella se había leído casi toda su colección y además valoraba lo que tenía, "Manifiestos sociológicos por el bienestar del pueblo, libros imposibles de leer después del primer capítulo como [El Capital](#), necesitan el afecto de [Sexo en la ciudad](#) o otras literaturas para chicas; incluso pueden armar un trío con una novela gráfica como [Persépolis](#) (...) los libros de texto le pueden enseñar simpleza a las novelas rusas."

Aunque su colección parecía ser muy contemporánea y mis posibilidades de encontrar un tesoro se disminuían con cada palabra que salía de su boca, me divertían sus manierismos, su lenguaje y la habilidad de establecer relaciones absurdas. No desgastaba sus esfuerzos en moverse, pero tampoco era lenta. Me atraía su intención de ayudar, pero también me abrumaba su presencia.